



MESANZA, Jesús, *Hablar y escribir correctamente. Barbarismos, impropiedades y dudas en el español oral y escrito*, Madrid, Wolters Kluwer - España, 2009. 261 pp. ISBN: 978-84-7197-910-0.

Eva Álvarez Ramos
(Universidad de Valladolid, España)

Jesús Mesanza, prolífico escritor dedicado casi en cuerpo y alma a las cuestiones ortográficas nos presenta este manual que vuelve a tratar dichos asuntos. Con eso no quiere el autor ser redundante, ni seguir explotando el filón de sus grandes conocimientos, sino que, como bien se indica en la presentación y en la introducción, este trabajo se hace totalmente necesario en un mundo de vorágine informativa donde nadie, ni los más doctos, están a salvo de caer en las impropiedades lingüísticas que hundan y perjudican cada vez más a la lengua de Cervantes. Es raro el día en el que no nos encontramos en la prensa, en la publicidad, en cualquier cartel informativo de un bar o una asociación, en boca de un político... estos errores que nos dejan cara de sorpresa y el alma académica maltrecha. Luego descubres que tus alumnos bombardeados por el aluvión de mensajes incorrectos que se contagian como la temida gripe A, se hacen dueños y señores de ellos y, los recogen y guardan en su fondo de armario lingüístico. Nunca sobrarán manuales de corrección.

En su carrera editorial Mesanza ha publicado entre otros: *Didáctica actualizada de la ortografía* (1987), *Palabras que peor escriben los alumnos: (inventario caográfico)* (1990), *Cómo escribir bien, ortografía y temas afines* (1995), *Los puntos sobre las íes: libro de estilo para estudiantes y profesores* (2000), *Ortografía: método individualizado, activo (adaptado a las últimas normas ortográficas)* (2001).

El trabajo está dividido en dos grandes bloques: *Barbarismos* y *Anotaciones gramaticales*.

Dentro del apartado *Barbarismos* no encontramos con anacolutos, solecismos, anfibologías, pasando por los dequeísmos, pleonasmos y latinismos, hasta llegar, por ejemplo, a los extranjerismos, los vulgarismos y las redundancias. No olvida, asimismo, el autor los yeísmos, los anglicismos, las concordancias inadecuadas, las impropiedades, los imperativos defectuosos, las perífrasis, el lenguaje administrativo y los leísmos, laísmos y loísmos entre otros. El bloque en sí es amplio y se rige bajo el mismo esquema

de trabajo: una breve, pero clara, explicación del término y un listado alfabético de los errores más comunes junto con su correspondiente forma correcta de uso, bajo el epígrafe de “preferible”.

El listado es muy amplio y denota las horas de búsqueda y recopilación de los barbarismos, pero la manera quizá no es la apropiada. Hay una ausencia total de explicaciones sobre el error cometido que le hace pensar al lector o al alumno en la temida frase paternal del “porque lo digo yo” y todos somos lo suficientemente conscientes de que la mejor manera de aprender es la inquisitorial: el preguntar y el justificar todas y cada una de las aseveraciones vertidas. Le falla además la distribución, pues nos encontramos nada más con un listado alfabético de poco pragmatismo tanto a la hora de buscar una duda como a la hora de hacer una lectura libre y pausada y descubrir dónde se produce el error; tantos datos, al final, se olvidan. No estaría mal otro tipo de orden que hiciera la obra mucho más didáctica y práctica.

En la segunda parte denominada *Anotaciones Gramaticales* nos encontramos con los siguientes subapartados: “Expresiones que, al escribir presentan cierta dificultad”, “Ortografía de parónimos”, “Notas gramaticales”, “Siglas y acrónimos” y “Algunos gentilicios difíciles”.

En “Expresiones que, al escribir presentan cierta dificultad”, Mesanza se reduce solamente a hacer un listado con ejemplos, pero falla en las explicaciones aclaratorias del porqué de los usos. Aporta, brevemente, algún paradigma de uso erróneo utilizado en la publicidad, pero no todas las opciones se ven representadas de una forma claramente ejemplificadora. No hubiera venido mal que justificara el empleo de las diferentes formas mediante la realización de ciertas operaciones, bastante extendidas y empleadas en otros manuales, como la introducción de términos, la sustitución por sinónimos o, sin ir más allá, la pluralización allí donde sea posible; tal es el caso del sustantivo *porque*.

La “Ortografía de parónimos” trata de manera un tanto *tombolística* los vocablos homónimos, homófonos y tomógrafos. El único orden que podemos encontrar es el alfabético, alejadísimo, a mí entender, de la clasificación gramatical categórica que sería mucho más funcional. Falla, además, en la breve explicación un tanto confusa de estos vocablos. He de añadir, asimismo, que, evitando ser puntillosa, me veo en la obligación de señalar que Mesanza anda un poquillo retrasado en la nueva normativa académica que ha tendido en los últimos años a facilitar el uso del lenguaje y a permitir y preferir en muchos casos la escritura en una sola palabra de aquello que hasta la fecha se permitía en dos. Resulta paradójico, por otro lado, que estas nuevas normas sean obviadas en el

libro, cuando con anterioridad el autor ha publicado obras adaptadas, totalmente, a los cambios ortográficos dictados por la Academia.

La caja de Pandora se abre en “Notas gramaticales” y no todos, pero gran parte de los males que atacan a nuestra lengua hacen su aparición de una manera un tanto desordenada; hecho que confirma que la ausencia de orden obvia el pragmatismo.

En “Siglas y acrónimos” presenta un amplio listado apoyado en bibliografía para aquellos inquisidores que quieran conocer alguna sigla o acrónimo más de bastante utilidad, pues como el propio autor reconoce y parafraseando, anacrónicamente, a Salinas, este es “el siglo de las siglas”.

Muy práctico, sin embargo, se presenta el último apartado “Algunos gentilicios difíciles” donde encontramos un listado -no completo, pero sí suficiente- sobre este tipo de nombres. Apto no sólo para los que tengan dudas a la hora de escribirlos, sino también muy recomendable para los curiosos que pueden disfrutar ante las cuatro opciones que da para los naturales de Albacete, por poner algún ejemplo, que van desde las más conocidas: albaceteño y albacetense, hasta las más raras por su menor uso: albasitense y albanense.

Al hacer este tipo de observaciones que pueden resultar categóricas –nada más allá de mi intención– se me plantea la duda ética, casi religiosa, de si debería reseñar o comentar este tipo de manuales; muchas veces, quizá, es mejor no decir nada si aquello que vas a decir no es positivo, como ha sido el caso. Más duro se hace el hecho de que Jesús Mesanza sea un prolífico escritor que lleva años trabajando cuestiones ortográficas –tan necesarias–, tal y como se demostró al inicio de esta reseña. La antigüedad y el conocimiento no le evitan, al menos esta vez, la vorágine de datos sin un denominador común que facilite el manejo del libro concebido –por ironías del destino– como manual de ayuda.